

LA GUERRA EN EL SIGLO XXI

De la revista *Parameters*, otoño 1997, volumen 27, número 3

Autores: Paul Van Riper, *TG del Cuerpo de Infantería de Marina de Estados Unidos*
y Robert H. Scales, *GD, director del Colegio de Guerra del Ejército de Estados Unidos.*

Traducido por: Pedro Vallespín Gómez

Comandante de Infantería.

Desde que acabó la guerra fría, el Gobierno norteamericano se ha embarcado por tercera vez en la evaluación de las necesidades militares presentes y futuras. Dados los plazos de tiempo que conlleva conseguir que cualquier cambio sea significativo en las actitudes defensivas del país, los resultados de esta revisión influirán probablemente en las capacidades militares de Estados Unidos dentro ya del siglo XXI. Ésta es la principal razón para insistir que cualquier nuevo examen de las necesidades militares debería reflejar claramente que se entiende el probable carácter de la guerra futura. Así, a diario, escuchamos impasibles ciertas afirmaciones que proclaman que la tecnología permitirá a Estados Unidos abjurar del empleo de Fuerzas Terrestres en favor del uso de sistemas de armas de precisión, desde plataformas alejadas de las zonas de conflicto.

No es la primera vez que escuchamos que la alta tecnología promete victorias sin coste alguno de sangre. A principios de los años cincuenta, hubo unas propuestas similares que fructificaron en un documento denominado «Nueva Visión», una estrategia que propugnaba confiar en las armas nucleares como alternativa a la guerra convencional. Para describir los orígenes de esta «Nueva Visión», un observador hacía notar «la urgencia de encontrar una solución simple y sencilla a la molesta y frustrante complejidad de vivir en un mundo en conflicto perenne». Entonces, como ahora, los optimistas insistían en que el cambio tecnológico había convertido la guerra convencional en algo obsoleto. Los acontecimientos de Asia Suroriental y otros lugares del Mundo, les hicieron pronto rectificar. Pero los daños causados a la capacidad militar convencional se notaron hasta mucho después de que Estados Unidos abandonaran la «Nueva Visión».

Hoy amenaza con reproducirse con los *microchips* lo que el exceso de confianza en las armas nucleares provocó entonces. La propuesta recurrente de sustituir fuerzas militares convencionales por tecnología avanzada, refleja una peculiar fe americana en la capacidad de la Ciencia de lograr soluciones simples a problemas humanos complejos. Además, de paso, satisfacen intereses tanto económicos como políticos. Esto sigue siendo verdad incluso aunque los efectos militares prácticos derivados de la supremacía tecnológica respecto a la anterior mitad de siglo, han sido cuando menos equívocos. Esta supremacía no pudo evitar la derrota holandesa en Indonesia, la francesa en Indochina y Argelia, la americana en Vietnam, la soviética en Afganistán o las más reciente de Rusia en Chechenia.

Estos episodios confirman que la superioridad tecnológica no garantiza automáticamente la victoria en el campo de batalla y aún menos en la mesa de negociación.

Sin embargo, es sorprendente que persista la creencia de que haya una posible solución tecnológica a los rigores de la guerra. Además de los efectos que esta creencia ha causado sobre la actitud de fuerza, ha afectado de forma significativa incluso a la manera en que los americanos definen el éxito militar. Esta influencia negativa, alcanzó su cota máxima durante la guerra de Vietnam, cuando el recuento de cuerpos y otros indicadores cuantitativos reemplazaron virtualmente el razonamiento estratégico. Y aunque la derrota de Vietnam desacreditó temporalmente este razonamiento mecánico, algunos insisten todavía en que existe una solución tecnológica a la guerra en algún sitio y lo único que se necesita es encontrarla.

Por tanto, la política militar americana está sometida, en gran medida, a los efectos de una batalla dialéctica aún por resolver entre la tecnología y la Historia, entre aquellos para los que el pasado es el prólogo y los que consideran que es irrelevante. La actual discusión sobre la estructura de las fuerzas militares americanas deseable es, en el fondo, un debate sobre el futuro de la guerra misma. Lo que está en cuestión es algo más que las armas que haya que comprar o si habrá que potenciar tal o cual capacidad. En el centro del asunto, aunque raramente puesto sobre la mesa y menos aún expresado verbalmente o por escrito, están los distintos puntos de vista, fundamentalmente incompatibles, respecto de la naturaleza de la guerra, las condiciones que nos llevan a la victoria (y desde luego a la derrota), como deberían definirse estos conceptos y el más importante, que propósito se persigue manteniendo unas fuerzas de primer orden.

Para aquellos que depositan extrema confianza en la tecnología, la guerra es un fenómeno, aunque desordenado, predecible, la derrota un simple análisis de coste/beneficio y la eficacia de cualquier capacidad militar la suma de los objetivos destruidos y las bajas causadas. Pero la historia pinta un cuadro muy distinto, la guerra real es inherentemente una empresa incierta en la que las oportunidades, la fricción y las limitaciones de la mente humana cuando se encuentra sometida a presión, limitan de forma profunda su capacidad de predecir los resultados; en la que para que la derrota tenga un significado debe de infligirse sobre todo en la mente de los derrotados; y en la que el fin último del poder militar es asegurar que un conjunto de armas, si se produjese el caso, sirve para hacer llegar al adversario la voluntad política de forma contundente.

Bajo esta forma de ver la guerra, no se pretende quitar importancia a la tecnología, pero se entiende que es sólo una de las principales herramientas para influir en la conducción y resultados de las operaciones militares, una influencia mediatizada por la naturaleza, ámbito y situación del conflicto, el carácter y objetivos de las facciones combatientes, las actitudes de los ciudadanos a nivel local, regional o internacional y, por encima de todo, por las cuestiones políticas en disputa. Asumiendo que la guerra es impredecible, este punto de vista implica renunciar a confiar exclusivamente en una sola capacidad, buscar la mayor versatilidad de la fuerza y conseguir que las operaciones militares se ajusten a las condiciones y necesidades particulares de cada conflicto.

Las fuerza militares del siglo XXI deben explotar cada una de las ventajas que pueda aportar el genio tecnológico. Pero como se argumenta en este artículo, los principales ingredientes de la victoria militar continuarán reflejando la naturaleza de la guerra, en la misma

medida al menos que los eventuales medios empleados en la consecución de la misma. Y al final, la próxima guerra, como todas aquellas que la han precedido, se ganará o perderá, casi con toda seguridad en tierra.

Desde una perspectiva geopolítica, el mundo en el que puede surgir una guerra puede ser indefinido pero no indescifrable. Muy al contrario, promete ser más parecido a lo que fue al final del siglo XIX. Como en aquella época, los principales artífices del progreso económico continuarán siendo las saneadas naciones de Europa Occidental, Norteamérica y la costa asiática. Las relaciones políticas entre estas naciones del Primer Mundo son, si son algo, más estables que aquellas que prevalecían entre las principales potencias tras el Congreso de Viena, que inauguró el periodo más largo de paz de la historia moderna. Las democracias del bienestar, la interdependencia económica, las afinidades culturales y la memoria que todas ellas guardan y que han compartido de las dos horribles guerras mundiales, han creado una comunidad de intereses que hace que la guerra entre democracias desarrolladas sea prácticamente impensable.

Al contrario que las principales potencias existentes de hace unos 50 años, las naciones desarrolladas de hoy no dominan el resto del Mundo. En su lugar, se enfrentan a los Estados en desarrollo (algunos de los cuales como Rusia, se encuentran en un peligroso equilibrio entre su aspiración de formar parte de un mundo desarrollado y la amenaza de colapso político, económico y demográfico) y las sociedades del Tercer Mundo, sumidas en la miseria económica y demográfica. Los países de ambos grupos tienden a organizarse sobre la base de diferentes principios y a operar bajo diferentes premisas que las de los países desarrollados, y es en sus relaciones internas y entre sí en las que se pueden dar con mayor probabilidad las amenazas militares.

Aunque algunos países en vías de desarrollo se hayan colocado económicamente en situación de ingresar en el mundo desarrollado, ni la libertad política ni el respeto por la Ley, dos de los principales motivos históricos inhibidores de agresión, han acompañado paralelamente a su crecimiento económico. Alguno, como China, continúan reclamando parte del territorio de sus vecinos sin que haya visos de que cese algún día. Otros, como Irán, buscan imponer su religión en regiones enteras. Todos buscan acceder a las materias primas que son el combustible del desarrollo y muchos siguen considerando la guerra como un procedimiento legítimo para conseguir sus objetivos. Para muchos de estos Estados, la adhesión de territorio continúa siendo un impulso básico, por prestigio aunque no haya otra razón. La agresión armada puede no ser su único medio e incluso no el preferido, pero conquistar territorio, especialmente en Estados con gobiernos autoritarios, sigue siendo considerado, internamente, como una ambición legítima y, dados sus intereses y estrategias propias, las democracias desarrolladas no pueden evitar verse afectadas.

Mientras tanto, en vastas porciones del mundo, las economías están estancadas o se encuentran en franco retroceso. Aunque las causas inmediatas puedan ser violentas, vanales o estar provocadas por medidas de gobiernos poco ortodoxos, los problemas fundamentales son estructurales. Muchas naciones del Tercer Mundo siguen siendo económicamente dependientes de la agricultura y de la extracción de mineral simple. Además, los avances de la medicina moderna aumentando la expectativa de vida, han acelerado la explosión demográfica afectando las previsiones políticas y económicas.

En estas sociedades, la guerra tiende a retomar su carácter más primitivo; viéndose impulsada por rivalidades étnicas o tribales (esa misma función a menudo del distinto grado de crecimiento de la población) la guerra civil seguirá enconándose. Los Estados más populosos lanzarán invasiones calculadas sobre sus vecinos menos poblados. Hordas de refugiados cruzarán las fronteras provocando la violencia. Y puesto que la guerra entre naciones del Tercer Mundo pueden desarrollarse con fuerzas relativamente poco sofisticadas, a menudo parecerán no responder a ninguna finalidad estratégica, en parte porque sólo persiguen aliviar la presión demográfica de sus territorios. Por último, como lo demuestran ciertos acontecimientos recientes en Ruanda, Burundi y Zaire, frecuentemente se pondrán de manifiesto los peores excesos de las guerras, hambruna intencionada, brutalidad extrema y asesinatos en masa.

Las democracias en desarrollo intentarán encontrar razones para no intervenir en estas luchas, pero como ya hemos visto, la opinión pública impulsada por la revulsión provocada por los medios de comunicación puede exigir la intervención. La simple visión de los horrores del genocidio pueden resultar intolerables, los órganos encargados de distribuir el esfuerzo humanitario pueden exigir que se dé respuesta a las agresiones que reciben, como ocurrió en Somalia, o el colapso de las sociedades del Tercer Mundo, independientemente de si han sido causadas por cuestiones internas o por invasión externa, pueden amenazar con desestabilizar una región económica vital, hasta el punto de que la no intervención sea imprudente.

Por último, continuaremos enfrentándonos a amenazas militares de grupos no gubernamentales que no entran claramente dentro de una de estas categorías, pero cuya fuerza militar, política, ideológica u objetivos económicos hacen de ellos unos elementos imposibles de contener por medios de poder civil. Estos grupos no son una novedad histórica, pero su posible acceso a la tecnología militar sofisticada no tiene precedentes; continuará siendo un elemento difícil al que debemos enfrentarnos.

Aunque las amenazas militares que se describen en este artículo varían en origen, clase y grado, tienen algo en común: al final en todos los casos, el éxito estratégico exigirá un control directo del terreno, adversario y recursos. En las confrontaciones con los países en desarrollo, la guerra girará probablemente en torno al control del terreno. En los conflictos del Tercer Mundo, girará probablemente en torno a las personas y las amenazas terroristas y no gubernamentales, exigirán el retirar el apoyo político, psicológico y material a los contendientes.

En ninguno de estos casos es probable que la tecnología por sí sola sea decisiva y en muchos la misma naturaleza del conflicto restringirá su uso. Sin embargo, algunos visionarios insisten que las tecnologías en desarrollo transformarán a la larga la naturaleza de la guerra, permitiendo que se consiga derrotar a un futuro enemigo a distancia sin necesidad de arriesgar preciosas vidas humanas en la voragine del combate. Estas predicciones ignoran la inherente incertidumbre de la guerra y todo lo que hemos aprendido sobre la victoria y la derrota en nuestra propia época.

Los soldados perciben instintivamente las limitaciones de la predicción tecnológica y cada vez más, hasta los propios científicos comparten su postura. Desde la teoría cuántica hasta la meteorología, la Ciencia se ha dado cuenta de las interacciones no lineales que per-

vierten el mundo natural. Nosotros denominamos caos a esas interacciones y cuando predomina, es imposible realizar una predicción fiable. Si esto es verdad incluso en las regularidades aparentes de la naturaleza ¿cuánto más no lo será en la guerra? Como decía Clausewitz hace mucho tiempo:

«Ninguna actividad humana está tan continua y universalmente afectada por el azar.»
En efecto, Clausewitz sigue teniendo importancia hoy en día principalmente porque su obra está «plenamente imbuida de la idea de que cada guerra es inherentemente a un fenómeno no lineal, cuya conducción cambia su carácter de manera que no puede ser prevista analíticamente.»

Reconociendo esto, observadores tan antiguos como Tucídides han insistido que sólo se puede percibir la guerra con precisión a través de la lente de la Historia. La teoría militar, para tener algún valor, debe basarse en las realidades conocidas del pasado, no porque el pasado se repita por sí mismo en cierta forma, sino más bien porque revela ciertos aspectos de la guerra que están fuera de lugar.

Una de estas características constantes de la guerra, es su invariable subordinación a la política:

«La guerra no es un mero acto de la política» afirmaba Clausewitz, «sino un verdadero instrumento político, la continuación de la actividad política por otros medios. La guerra no debe ser nunca considerada como algo autónomo, sino como un instrumento de la política.»

De una forma u otra, las consideraciones políticas condicionan siempre las operaciones militares. Los jefes aliados redescubrieron esta constante realidad como resultado de la campaña aérea durante la guerra del Golfo, cuando lanzaron dos bombas contra un refugio de comunicaciones de la policía secreta en el corazón de Bagdad, destruyendo el refugio y matando al mismo tiempo a 200 civiles que se encontraban a resguardo en su interior. La CNN emitió un informativo y a la mañana siguiente la reacción política fue el cese inmediato de todos los ataques en la zona metropolitana de Bagdad. De paso, esta reacción impidió conseguir la más mínima posibilidad de destruir la infraestructura política del régimen tiránico de Saddam Hussein.

Como confirma este hecho, la guerra es, en la práctica, rehén de las consideraciones políticas que impiden normalmente el empleo libre de los medios militares. Tales preocupaciones tienden a ser altamente dependientes de la situación y, por lo tanto, impredecibles. Sólo por esta razón, la mera posesión de tecnología avanzada no es garantía de su utilidad práctica.

La segunda característica, y la más perversa de las constantes de la guerra, es lo que Clausewitz denomina «fricción»:

«Todo en la guerra es muy simple» observa, «pero la cosa más simple se convierte en difícil. Las dificultades se acumulan y terminan produciendo una clase de fricción que es inconcebible a menos que se haya vivido la guerra.»

En la batalla, el peligro, la confusión, el miedo, la fatiga y la incomodidad, se combinan con un ambiente físicamente hostil que reduce la eficacia tanto del hombre como de la máquina. Además, a medida que el campo de batalla se hace más grande, las formacio-

nes son más dispersas y aumenta el ritmo de las operaciones, el estrés se multiplica e incluso las fuentes de apoyo psicológico y físico —la proximidad a otras unidades, las calmas dentro de los periodos de actividad y la confianza que produce el terreno conocido—, disminuyen. De aquí, que el mejor laboratorio proporcione un falso pronóstico de la eficacia de algún elemento en el campo de batalla; además, en los casos en los que el empleo de la tecnología avanzada sea políticamente ilimitada, está lejos de ser la panacea militar.

Por último, para los jefes que deben tomar decisiones cruciales con poco tiempo para reflexionar y sumidos en un típico cúmulo de información ambigua, el estrés del combate es acumulativo:

«Ante la pavorosa presencia del sufrimiento y del peligro», nos recuerda Clausewitz, «la emoción fácilmente puede abrumar la convicción intelectual y en esta niebla psicológica es difícil poder reflexionar con total claridad.»

De ahí lo extremadamente peligroso de reivindicaciones como las de algunos asesores de Washington que habían afirmado:

«Lo que promete (la revolución técnica militar), más que ataques de precisión y rayos láser, es... proporcionar casi perfecta claridad a la cadena de información.»

Estos argumentos rayan en lo teológico y no tienen base ni científica ni histórica. Muy al contrario, como algún observador habrá notado:

«La mayor parte de la información que un individuo posee a nivel particular, sólo puede emplearse en la medida que sirva para adoptar decisiones propias. Nadie es capaz de transmitir a otras personas todo lo que sabe, porque la mayor parte de la información de la que puede hacer uso sólo puede aplicarse al proceso de adopción de planes de acción.»

Del mismo modo, en la guerra simplemente hay un exceso de elementos críticos de información, inaccesible a los sensores y lejos de la capacidad de los ordenadores.

En un ambiente rico en información, en el que las noticias pueden permanecer escondidas en el ruido, los individuos de cada uno de los niveles del sistema están limitados por lo que pueden absorber y lo que pueden transmitir. Y cuanto mayor sea la presión del peligro y la fatiga, más vulnerable es el individuo a las acciones de decepción y a mal interpretar los indicios.

Por encima de todo, es la calidad interactiva (y en efecto antagonista) de la guerra lo que la hace impredecible:

«La guerra no se desarrolla contra un enemigo abstracto», señala Clausewitz, «sino contra uno real.»

Los adversarios que puedan tener Estados Unidos en el siglo XXI, dispondrán de sus opciones independientemente de los avances tecnológicos que se puedan conseguir. Las limitaciones que imponga la política, la fricción y la confusión del combate, no son artefactos de la Historia, sino condiciones intrínsecas de la naturaleza misma de la guerra. Suponer que la tecnología podría eliminarlas del campo de batalla, va en contra del mundo natural tal como lo concebimos.

Por contra 2.500 años de historia confirman que la ambigüedad, falta de cálculo, incompetencia y, por encima de todo, suerte, continuarán dominando las condiciones de la gue-

rra. Al final, las cualidades no cuantificables, determinación, moral, combatividad y liderazgo, seguirán estipulando, más que la tecnología, quien gana y quien pierde.

Reconocer la incertidumbre inherente de la guerra no significa, en ningún caso, ignorar el papel de la tecnología. Al contrario, la información avanzada y las municiones inteligentes han tenido ya una significativa influencia en la doctrina del Ejército y de la Infantería de Marina. Algunos creen que puede alterar radicalmente las relaciones entre la maniobra y el fuego, tal como el carro de combate y el avión hicieron en los años 1918 y 1939. Y cada uno de los Ejércitos debe de enfrentarse con el incremento de la transparencia del campo de batalla, la letalidad de las armas, la sobreinformación y la vulnerabilidad logística.

Nuestras objeciones no van contra la propia tecnología, sino más bien contra las voces que claman que permitirá la consecución de la victoria por sí misma, batiendo al enemigo a distancia sin necesidad de ejercer influencia continua y directa sobre el terreno, personal y recursos, que son los soportes últimos de la guerra. Nuestra propia experiencia militar en este siglo, además de lo que revela la Historia respecto a la naturaleza inherente de la guerra, argumenta lo contrario.

La experiencia ha confirmado repetidamente que el ataque a larga distancia sin explotación del éxito mediante la presencia física en el terreno, es desperdiciar medios. Desde Verdún a Montecasino, desde el «triángulo de acero» a Al Busayah, el fuego, por sí mismo, o incluso cuando se ha realizado a gran escala, difícilmente ha conseguido expulsar a las tropas del terreno que ocuparan. El bombardeo masivo de la guerra del Golfo, a pesar de todo su efecto destructivo y desmoralizador sobre el Ejército iraquí, no pudo conseguir, por sí solos, la retirada de las tropas de Kuwait.

Lo que es verdad respecto a la potencia de fuego dirigida contra las fuerzas enemigas desplegadas en el terreno, puede ser incluso más cierto dirigido contra la infraestructura civil del oponente. De hecho, la evidencia sugiere que los efectos pueden rápidamente cambiar de signo, en especial cuando van dirigidos contra unos adversarios cuyos líderes pueden manipular la interpretación de esos hechos y presentar a su pueblo un análisis tergiversado. Debemos estar preocupados, también, por las reacciones de nuestros propios ciudadanos ante las armas modernas y sus efectos sobre las aparentemente indefensas personas, un problema que probablemente se intensificará a medida que los Estados en desarrollo que representan los protagonistas más probables de futuros conflictos de alta intensidad, continúen urbanizándose.

Algunos argumentan que la creciente precisión de las nuevas municiones limitará el daño colateral, haciendo menos probable el efecto de refuerzo psicológico del enemigo y la revulsión psicológica sobre nuestros ciudadanos. Pero la precisión es una cosa cuando se refiere a las fuerzas enemigas y otra bien distinta cuando se aplica a zonas densamente pobladas. En efecto, el temor a la reacción de los medios de comunicación ante las escenas sangrientas, incluso las producidas sobre objetivos militares a lo largo de la «carretera de la muerte» en Kuwait, explica, en parte, la decisión de la Administración Bush de cesar las hostilidades tras 100 horas de combate, aunque los objetivos terrestres militares de la ofensiva no se hubieran conseguido aún.

Ha habido ciertos casos en los que el empleo del fuego lejano ha producido por sí solos algún resultado estratégico. Los ataques aéreos contra Libia en 1986, por ejemplo, pare-

cen haber enfriado la ansiedad de Muammar el Gaddafi de retar al poder de Estados Unidos. En tales casos, en los que los objetivos eran limitados o meramente demostrativos, el hostigamiento a distancia puede perfectamente modificar la conducta de ciertos personajes, pero es poco probable que resuelva problemas latentes de forma permanente en todos los casos, tal como lo demuestra la campaña aérea de 1965-1968 contra Vietnam del Norte. Al contrario, cada vez que se hace uso de las armas con poder de destrucción a larga distancia se arriesga la embarazosa posibilidad de que el atacado simplemente ignore el ataque, forzando al atacante a elegir entre la escalada o la impotencia.

En resumen, confiar en exceso en el ataque por estos medios es ignorar que puede inducirse en el atacado el deseo psicológico de resistir. Hay una grandísima diferencia entre ese tipo de ataque a distancia ejecutado de forma constante que, aunque incómodo, a la larga tendrá un final, y la presencia física de un ejército conquistador con todas sus implicaciones políticas y sociológicas. No debemos perder de vista la diferencia entre un Kuwait liberado por las Fuerzas Terrestres y un Irak todavía truculento y combativo, aunque destrozado por los ataques aéreos.

La limitación fundamental de este tipo de ataque lejano es que compromete sin resolver. Sin embargo, su facilidad de empleo y aparente bajo riesgo, lo hace atractivo en casos en los que los intereses estratégicos sean limitados o ambiguos. Algunos han sugerido incluso el rediseño de las fuerzas militares para su intervención específica en tales casos. Estas propuestas son una invitación a verse involucrados en otra guerra e ignoran todo lo que con tanto dolor se ha aprendido durante el último medio siglo respecto del aumento progresivo del empleo de la fuerza.

Si la capacidad resolutoria y la durabilidad son alguna de las características más importantes e indispensables de la contribución de las Fuerzas Terrestres a la victoria en la guerra, como medio de disuasión y durante la paz, bajo ningún concepto son las únicas. En el ambiente geopolítico prescrito anteriormente, el éxito estratégico supondrá una prima a la versatilidad militar. Además, Estados Unidos no se puede permitir mantener de forma permanente medios para afrontar cualquier tipo de riesgo potencial, ni ninguna capacidad se acomodará a todas y cada una de las amenazas. En su lugar, las fuerzas militares deben ser capaces de adaptarse rápidamente a un abanico amplio y cambiante de misiones y condiciones estratégicas.

Las Fuerzas Terrestres siguen siendo la base indispensable de la versatilidad estratégica. Las Fuerzas Navales y Aéreas son el complemento, nunca el reemplazo, de la capacidad de desplegar y de adaptarse a las peculiares condiciones y objetivos de un conflicto dado que tiene las Fuerzas Terrestres. Esto no significa despreciar su importancia. Ningún jefe militar lanzaría un ataque terrestre sin dominar el espacio aéreo, ni llevaría a cabo operaciones en el litoral sin el dominio de la mar. Además, a medida que se pasa de una postura de defensa adelantada a una de fuerza expedicionaria, la dependencia del espacio aéreo y marítimo se incrementa a la hora de asegurar que las Fuerzas Terrestres lleguen a su destino rápidamente y bajo condiciones idóneas de seguridad. De aquí que la insistencia en que en el futuro las operaciones militares que se emprendan estarán inherentemente ligadas, no es una cuestión retórica sino un reconocimiento franco de los imperativos estratégicos y operativos. Pero sólo en condiciones inusuales los espacios aéreo y marítimo producirán por sí solos resultados estratégicos. En casi

todas las circunstancias será necesaria la integración eficaz de todos los componentes (aire, tierra, espacio y mar).

Además, las fuerzas militares existen para disuadir tanto como para luchar. Nuestro conocimiento de la dinámica de la disuasión sigue siendo imperfecto, a pesar de medio siglo de práctica, pero hemos aprendido que una exigencia fundamental es hacer que la disuasión se convierta en una amenaza creíble. Uno de los principales argumentos para confiar en que el ataque con medios a larga distancia produzca resultados positivos, es que su escaso riesgo incrementa su credibilidad. Sin embargo, como hemos visto, las situaciones en las que el ataque a larga distancia puede tener eficacia, son aquellas en las que los motivos de disputa son menos importantes. Cuanto mayores sean las razones, menores probabilidades de que el ataque a larga distancia produzca un resultado estratégico positivo. Y de ello se colige que, cuanto más importantes sean las razones menor probabilidad de que la amenaza de un ataque a larga distancia sea disuasoria por sí misma.

Sin embargo, hacer coincidir eficacia y credibilidad exige ausencia de fisuras operativas. La disuasión tiene más probabilidades de surtir efecto cuando las capacidades complementarias se refuerzan unas a otras y cuando todas contribuyen de una forma fiable a asegurar la victoria si falla la disuasión. Que los sistemas de ataque de precisión prometen mayor efectividad para matar personas y destruir cosas, no se cuestiona, el reto será traducir esos efectos esencialmente tácticos en resultados estratégicos y el principal mecanismo seguirá siendo mantener una capacidad de combate terrestre sin parangón.

Hay otra razón más para diseñar las tecnologías emergentes con objeto de reforzar el poder terrestre en lugar de reemplazarlo. En la disuasión o el combate, nuestro país se enfrentará a sus futuros adversarios como miembro de una alianza. Tenemos casi un siglo de experiencia en alianzas y, si se puede sacar alguna lección de tal experiencia, es que la presencia en el terreno es una auténtica muestra del compromiso adquirido con esa alianza, en particular para una nación que reclama el liderazgo de esa alianza.

Otra exigencia capital en el ámbito del citado compromiso es el compartir los riesgos. Así, el esfuerzo de Liddell Hart, en el año 1930, de restringir el papel continental de las Fuerzas Terrestres británicas, no sólo redujo su capacidad de disuasión sino que condujo al declive doctrinal y material por el que los británicos pagaron un alto precio cuando fracasó la disuasión. Recientemente Estados Unidos hizo repetidos esfuerzos para racionalizar su contribución a la OTAN sustituyendo tropas terrestres por Fuerzas Aéreas, con motivo de la mayor contribución europea en Fuerzas Terrestres, echando por tierra el principio de compartir el riesgo.

La realidad es que la Fuerzas Terrestres representan la mayor demostración del compromiso con una alianza. Eso, y el hecho de que su solo empleo transmite la intención de permanecer comprometido por lo que dure el conflicto, lo convierten en la ligazón irremplazable de cualquier coalición militar.

Cualquier periodo continuado de paz debilita las instituciones militares. Para contrarrestarlo, se hace necesario mantener vivas en la memoria las realidades terribles e inmutables de la guerra dentro de un ambiente de comodidad con objetivos de paz, porque solamente mediante la comprensión de lo que ha sido la guerra podemos vislumbrar lo que

puede llegar a ser. Prepararse para el futuro, exige mantener latente la experiencia obtenida de pasados conflictos.

El comportamiento americano en las primeras guerras ha sido todo menos impresionante. La guerra del Golfo rompió el molde. Por una vez, Estados Unidos salió al campo con un equipo preparado para jugar. El resultado fue la campaña militar más corta, de mayor éxito y de menor coste humano de la historia moderna.

Pero las fuerzas que lucharon en esa guerra fueron creadas para otra y ese es el hecho que *debe hacer reflexionar* al que se dedique a la labor de planear. En un mundo incierto, preferiríamos no tener que basar las necesidades de la fuerza en suposiciones preconcebidas sobre contra quien y como luchar en el próximo siglo. Al contrario, las fuerzas militares americanas deben ser capaces de combatir y vencer en cualquier campo de batalla, bajo cualquier condición y con los medios que la naturaleza de la contienda exija. Y para conseguirlo, serán necesarias unas Fuerzas Terrestres con la mayor capacidad de combate posible, bien equipadas y sostenibles y preparada con la mayor antelación posible.

La aplicación innovativa de la tecnología emergente reforzará esas capacidades pero, en definitiva, la guerra es una lucha de voluntades, no de máquinas, en la que los medios deben estar subordinados a los fines si los resultados tienen que justificar los costes. En el mundo al que nos enfrentamos, estos fines serán probablemente más complicados y las circunstancias en las que perseguirlos es menos predecibles que nunca antes en la historia. Una actitud militar que pretende sustraerse a la realidad más que acomodarse a ella, está condenada a la irrelevancia.